

# 1993: el año de Murphy

RAFAEL L. BARDAJI

Profesor de Estudios Europeos (ICADE) y Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

**H**ABLANDO de 1992, el ISS de Londres decía en su informe anual, *The Strategic Survey*, que en ese año si algo podía haber ido mal, había ido mal. Pues bien, 1993 no sólo nos ha vuelto a recordar la famosa Ley de Murphy ("cuando una tostada recién untada de mantequilla y mermelada se cae, tiende a reposar sobre la alfombra con el lado de la mermelada") sino que nos ha enseñado que una mala situación tiende inexorablemente a empeorar.

Efectivamente, 1992 fue el año del descubrimiento, en el que vimos cómo europeos tan avanzados como nosotros estaban dispuestos a masacrarse sin tregua en Yugoslavia y en otras zonas del Viejo Continente; que las economías internacional y nacional, lejos de estar boyantes, padecían una crisis grave; que el fundamentalismo avanzaba en ciertas zonas de manera alarmante... 1993 no ha roto dicha tendencia, al contrario, ha sido el año en que realmente hemos padecido todos esos males con una conciencia mezcla de incertidumbre e impotencia. Los acontecimientos internacionales han caracterizado a 1993 no como un año malo, sino como un año peor.

## LOS EEUU, ENTRE EL DESCONCIERTO Y LA IMPOTENCIA

El comienzo de año trajo a la Casa Blanca un nuevo presidente, Bill Clinton, un demócrata que rompía con tres mandatos consecutivos del partido republicano y que durante la campaña electoral había sabido jugar la carta de la esperanza política de una generación joven, abierta y desenfadada. La ilusión de la nueva sangre.

Sin embargo, 12 meses más tarde el presidente Clinton no es capaz de pre-

sentar más que una imagen vacilante, contradictoria, muy alejada del estadista que reclaman los retos del hoy inmediato y del mañana. La definición de su política ha resultado demasiado lenta, los constantes cambios en su equipo reflejan contradicciones internas y muchas de las polémicas en las que ha mostrado más interés resultan parroquiales y cortas de miras. Podría decirse que el espíritu de Clinton quedó bien reflejado por el asedio de Waco, el rancho tejano donde un líder religioso se encerró con sus fieles, poniendo a raya a las fuerzas especiales durante semanas. Las autoridades favorecieron durante más de un mes una salida negociada, dando muestras de exquisita paciencia, para, al final, echar mano de la opción que había estado presente desde el comienzo: la fuerza y un asalto que culminó en una matanza. Nuevo estilo, cambio de rumbo drástico y resultado decepcionante.

Bill Clinton se estrenó con un discurso a la nación donde reflejaba su preocupación por la situación interna de los EEUU, lógicamente, pero en el que no hubo referencia alguna al mundo. La debilidad de los EEUU estribaba en su pavoroso déficit federal y en una economía que necesitaba de un programa de relanzamiento. Desgraciadamente para el gusto de Clinton, las circunstancias internacionales le obligaron a volver sus ojos a situaciones insostenibles como Somalia o Bosnia, aún cuando sus planes económicos y de reformas estuvieran empantanados en los sucesivos comités del Congreso por donde debían pasar.

Ahora, la actuación exterior americana no ha podido ser más desastrosa. Esencialmente porque se ha movido entre la moral y el mesianismo. Tan pronto se decía que se iba a bombarde-

ar Serbia como se olvidaba dicha amenaza; se distinguía al derrocado presidente de Haití, pero se era incapaz de obligar a los generales a que cumplirían su acuerdo de readmitirlo; se anunciaba ante todas las televisiones la entrada en Somalia, para acabar marchándose de dicho país con numerosas víctimas mortales, una víctima política, Les Aspin, Secretario de Defensa, y una situación de caos político en el país similar a la que había antes de la intervención.

En el terreno comercial, los EEUU han debido reconocer que su liderazgo ya no es tan universal como en años anteriores. Es más, que ni siquiera tienen la fuerza frente a sus aliados, particularmente tras las diatribas sobre el GATT, que tras 7 años de duras negociaciones se acabaría firmando en diciembre tras un fuerte rifirrafe entre Francia y los EEUU y cuyo resultado fue un acuerdo en parte alejado de las iniciales tesis norteamericanas

## BOSNIA, LAS LIMITACIONES DE LA AYUDA HUMANITARIA

1992 vio nacer la política de ayuda humanitaria como una intervención limitada de los Estados frente a los horrores de las guerras. La ayuda humanitaria, conducida por diversos países al servicio de la ONU, fue especialmente importante en el caso de la guerra civil en Bosnia, de la que se descubrió entonces toda la barbarie de la que es capaz un ser humano.

Por un lado reflejaba la necesidad de las buenas conciencias occidentales de hacer algo para aliviar el sufrimiento de las poblaciones implicadas en la confrontación. Que sufrieran lo menos posible. Pero, por otro, quienes la planificaban y la ejecutaban, los gobiernos, querían ver en ella un instrumento más a su alcance para acercar las posi-



ciones de uno y otro bando, obligándoles a negociar.

1993 se ha visto saturado de imágenes de camiones cargados con alimentos y medicinas camino de ciudades sitiadas y bolsas de población en la más absoluta penuria y de blindados conducidos por cascos azules que valerosa y generosamente escoltaban dichos convoyes. Los hombres y mujeres que han arriesgado su vida por mantener a los otros han hecho todo lo que han podi-

contención de Serbia. Pero para todos eran rehenes de una situación muy delicada. Sólo así pueden interpretarse los disparos contra las fuerzas de la ONU.

Pero es más. En muchos casos la ayuda humanitaria ha servido para generar una economía de guerra donde civiles y combatientes salen igualmente beneficiados. Los señores de la guerra han sabido cómo explotar a sus poblaciones para satisfacer sus propias

## GUSTOS Y DISGUSTOS DE LA UNION EUROPEA

1992 no pudo ser peor para la construcción europea: a la firma por los jefes de Estado y primeros ministros en febrero de dicho año del Tratado de Unión (más conocido popularmente como el Tratado de Maastricht) le siguió una larga etapa de críticas y dudas sobre el mismo que culminaron en la negativa popular danesa y el referéndum francés en el

que el sí al Tratado sólo obtuvo el 51% justo de los votos.

1993, también sería un año cargado de contradicciones para la Comunidad. Ciertamente, tras el sí francés y el cambio de postura danés, Maastricht parecía encauzarse definitivamente, pero los alemanes, entonces, depositaron su última palabra en su Tribunal Constitucional quien, hasta el otoño de 1993 no emitiría su particular voto afirmativo. No obstante la judicialización de un Tratado eminentemente político, con la aprobación por parte de todos los parlamentos del texto, el 1 de noviembre la Comunidad se convertía en

Foto: Jorge Matta. RED.



do dentro de las limitaciones de su misión. Y de hecho, las opinión pública ha sabido reconocerlo.

Políticamente, sin embargo, la misión de la ayuda humanitaria se ha revelado insuficiente e, incluso, a veces hasta contraproducente. Lejos de acercar la negociación de una manera desinteresada, la presencia de los cascos azules se interpretaba de muy distinta forma por cada uno de los contendientes: para los serbios era la prueba manifiesta de que los occidentales les permitían ciertos desmanes; para los musulmanes era el reflejo de nuestro soporte y ayuda; para los croatas, la

necesidades materiales. Finalmente, la concesión de conducir misiones de ayuda humanitaria por líderes y guerrilleros locales, a su libre albedrío y sin más lógica que la de agrandar su escaso poder, ha puesto cada vez más difícil la realización de dicha tarea.

Por todo ello 1993 ha acabado con una sensación de hastío: si se quieren matar, que sigan matándose, pero que no nos arrastren a nosotros en su delirio. Y realmente algo de razón hay en ese sinsabor público. Si no se puede aliviar el sufrimiento y si la ayuda humanitaria no sirve para acercar el fin de la violencia, ¿entonces para qué sirve?

Unión Europea (UE), las nuevas siglas bajo las que ahora vivimos.

Pero esto que podría parecer una buena noticia, en realidad no resulta ser más que una banalidad, en el mejor de los casos, o una falsedad, en el peor de ellos. Maastricht no sólo la mataron los votantes daneses y la mitad casi de franceses, murió como consecuencia de las sucesivas crisis monetarias en el otoño del 92, siendo rematado por la actual crisis económica del 93. Hoy ningún país cumple los cinco criterios de convergencia (y mucho menos si se introduce el sexto, el paro, que quería el señor Delors) y sin ellos es im-

pensable avanzar a la unión monetaria, piedra angular del Tratado.

En ese sentido, la Unión es más un conglomerado, como era la CE, en el que dos países, por mor de sus circunstancias político-históricas, Francia y Alemania, se están construyendo su marco legal de referencia para una más estrecha cooperación. Todos los demás vamos a diferentes velocidades.

Es más, la Unión nace coja en cuanto a su identidad en política exterior y de seguridad. Yugoslavia ha fijado los límites actuales de la capacidad de intervención conjunta de los socios comunitarios y 1993 ha subrayado las diferencias que existen entre ellos al respecto. No se trata de impotencia como muchos han querido dejar ver. Medios hay, y voluntad política también, sólo que a nivel nacional y no colectivo: en el seno de la UE, como sucedía dentro de la CE, lo que se da es una profunda división de pareceres. ¿Si no cómo explicar el último reflejo del grado de unión hasta ahora alcanzado, el reconocimiento de Macedonia, sólo realizado por 6 de los 12 mientras el resto mira alegremente?

## TEMBLOR Y CAOS EN LA FEDERACION RUSA

La antigua URSS está viviendo de manera dramática un proceso múltiple: de descomunización en lo ideológico; de desestatalización, en lo económico; de desmilitarización y de liquidación de un imperio. Y lo está viviendo de una manera acelerada. Por eso no es de extrañar las tensiones que han surgido de manera virulenta entre conservadores y liberales en Rusia este año pasado. Dicha tensión tuvo su máximo nivel en el enfrentamiento entre Boris Yeltsin y el Parlamento ruso.

Se ha dicho en reiteradas ocasiones que dicho enfrentamiento era natural, dado que el parlamento fue elegido en 1990, cuando todavía existía la URSS y que, por lo tanto, su composición reflejaba más aquél sistema que el de la nueva Rusia. Y en parte es cierto, pero sería ilusorio pensar que con las consecuencias de tanta transición, económica, política, cultural y social, incluso un nuevo parlamento no sería expresi-

sión de las tensiones sociales existentes hoy en Rusia, donde una política económica radical pero zigzagueante parece ser el chivo expiatorio de todos los males que padecen la mayoría de los rusos: inflación de dos dígitos al mes; paro; mafias, etc.

En cualquier caso, la parálisis institucional nacida del enfrentamiento entre el Parlamento, con Ruslan Jasbulatov a la cabeza, y Boris Yeltsin y su gente, se saldaría con un autogolpe de Yeltsin quien momentáneamente suspendía a la asamblea y se concedía plenos poderes. Pocos no recordarán las dramáticas escenas de un Parlamento rodeado de tanquetas y las llamas saliendo de sus ventanales tras el asalto final.

Durante esos días, la vuelta a opciones fuertes, preocupó en occidente, donde un Yeltsin tiránico podía representar un serio contratiempo. Sin embargo, la apuesta de éste por el camino democrático quedaría clara al convocar un referéndum constitucional al mismo tiempo que elecciones generales para el mes de diciembre.

Y hete aquí la sorpresa. Tras una intensa campaña tremendamente controlada por el gobierno, el descalabro político de Yeltsin y de Gaidar no puede ser más evidente. Tal vez eso sea lógico debido al desgaste del poder tras tantas medidas impopulares. Pero lo más sorprendente ha sido el meteórico ascenso de Zhirinovski, un personaje hasta ahora de segunda fila al que nadie prestaba atención.

Resulta paradójico comprobar de nuevo lo poco que se conoce sobre Rusia todavía y lo mucho que se siguen equivocando los antiguos soviólogos, hoy kremlinólogos. Cuando se repasa la lista de potenciales opositores serios a Yeltsin, Zhirinovski nunca figura entre ellos. Pero ahí está.

La cuestión es esta ¿es Zhirinovski el peligro que sus palabras parecen prometer? O, por contra, ¿es un líder que se moderará de tener que aceptar las responsabilidades políticas de gobierno? Es más, ¿es que puede contar con los medios y la energía nacional para cometer todas las brabuconadas que suelta?

En cualquier caso, sea cual sea el final, para nosotros es evidente que una reflexión se impone: favorezcamos

tendencias no personas y sigamos abiertos al diálogo, con quien sea, pero también firmes, por si los acontecimientos, muy a pesar nuestro, se tuercen.

Ahora bien, dada la situación actual de Rusia y de la CEI, y dada la manifiesta incapacidad para regenerar su potencial militar a medio plazo, no es posible ver en Rusia una especie de amenaza soviética rediviva. De momento, hoy como ayer y como mañana, el riesgo sigue siendo el creciente desorden institucional y económico que sufre ese país.

## EL FINAL DEL BIENESTAR

Nuestros bolsillos saben perfectamente que no pasamos por un momento de vacas gordas. Los análisis internacionales nos muestran que en el mundo tampoco vivimos en un momento mejor. Si a todo lo anterior le sumamos los problemas de la proliferación, (el último informe de la CIA al Congreso en la última semana de diciembre daba por sentado que Corea del Norte habría fabricado ya dos bombas nucleares), el ascenso constante del fundamentalismo radical en Egipto, la guerra civil en Argelia, el hambre en Africa, el recrudecimiento de guerras que se creían ya agotadas, la verdad es que la capacidad para el sentimiento de tranquilidad y bienestar no puede quedar más reducida. Es más, como hemos visto con el GATT, allí donde no hay guerra abierta, hay una guerra comercial.

Pero tal vez lo más notable del caso sea la sensación de que todas las cosas se están saliendo de su cauce, fuera del orden en el que confiábamos, y al mismo tiempo la constatación de nuestra impotencia para imponernos sobre los acontecimientos. Todo está fuera de control pero somos incapaces de administrar una terapia.

1993 ha sido un año en el que se ha puesto de manifiesto que las reglas de juego que han valido hasta ahora están totalmente desfasadas y qué nuevos principios de funcionamiento son urgentes y necesarios. Esperemos que en 1994 los líderes políticos y los pensadores logren avanzar por el camino de las nuevas ideas ■